

CARLA GÓMEZ-RAGGIO

HÉROES



ÍNDICE

PRIMERA PARTE EL MUNDO ORDINARIO

CAPÍTULO 1. LUIS. VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 2010	15
CAPÍTULO 2. LUIS. DOMINGO, 21 DE FEBRERO DE 2010.....	31
CAPÍTULO 3. LUIS. VIERNES, 5 DE MARZO DE 2010	49
CAPÍTULO 4. LUCÍA. VIERNES, 12 DE MARZO DE 2010	67
CAPÍTULO 5. JUAN. VIERNES, 12 DE MARZO DE 2010.....	85
CAPÍTULO 6. CARMEN. VIERNES, 12 DE MARZO DE 2010	103

SEGUNDA PARTE EL VIAJE DEL HÉROE

CAPÍTULO 7. LUIS. MIÉRCOLES, 24 DE MARZO DE 2010.....	123
CAPÍTULO 8. JUAN. JUEVES, 25 DE MARZO DE 2010	143
CAPÍTULO 9. LUIS. JUEVES, 25 DE MARZO DE 2010	161
CAPÍTULO 10. CARMEN. VIERNES, 26 DE MARZO DE 2010.....	177
CAPÍTULO 11. LUCÍA. DOMINGO, 28 DE MARZO DE 2010.....	195
CAPÍTULO 12. LUIS. MIÉRCOLES, 31 DE MARZO/JUEVES, 1 DE ABRIL DE 2010.....	213
CAPÍTULO 13. PABLO. JUEVES, 1 DE ABRIL DE 2010	233
CAPÍTULO 14. LUIS. JUEVES, 1 DE ABRIL DE 2010.....	251
CAPÍTULO 15. LUCÍA. VIERNES, 9 DE ABRIL DE 2010	269
CAPÍTULO 16. PABLO. VIERNES, 16 DE ABRIL DE 2010.....	287
CAPÍTULO 17. LUIS. SÁBADO, 17 DE ABRIL DE 2010.....	305

TERCERA PARTE
LA LLEGADA

CAPÍTULO 18. JUAN. MIÉRCOLES, 21 DE ABRIL DE 2010.....	325
CAPÍTULO 19. LUCÍA. VIERNES, 23 DE ABRIL DE 2010	345
CAPÍTULO 20. CARMEN. VIERNES, 23 DE ABRIL DE 2010.....	363
CAPÍTULO 21. LUIS. SÁBADO, 24 DE ABRIL DE 2010	383
CAPÍTULO 22. JUAN. DOMINGO, 16 DE MAYO DE 2010	401
CAPÍTULO 23. LUIS. SÁBADO, 29 DE MAYO/DOMINGO, 30 DE MAYO DE 2010	421

EPÍLOGO

LA HOJA DE RUTA	439
AGRADECIMIENTOS	445
ENLACES	447

A Alex, que me regaló la caja de lápices

Unos días más tarde, tuvieron otra vez una conversación muy importante. Bastián le enseñó al león la inscripción del reverso de la Alhaja.—¿Qué significa? — preguntó—.

«HAZ LO QUE QUIERAS». Eso quiere decir que puedo hacer lo que me dé la gana, ¿no crees?

El rostro de Graogramán pareció de pronto terriblemente serio y sus ojos comenzaron a arder.

—No —dijo con voz profunda y retumbante—.

Quiere decir que debes hacer tu Verdadera Voluntad.

Y no hay nada más difícil.

—¿Mi Verdadera Voluntad? —repitió Bastián impresionado—.

¿Qué es eso?

MICHAEL ENDE, «La historia interminable»

PRIMERA PARTE
EL MUNDO ORDINARIO

La mayoría de la gente es tan feliz como ha decidido serlo
ABRAHAM LINCOLN



CAPÍTULO 1

LUIS. VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 2010

Los grandes también caían. El martes 16 de febrero de 2010 se había desplomado sobre el suelo central de la Alameda un *Ficus microcarpa* de 150 años. Cuando él llegó al centro se encontró a los bomberos serrándolo por partes, y por un momento creyó ser el testigo de la obra de un psicópata. El día anterior nadie hubiese adivinado que iba a caer, el árbol gozaba de buena salud, no padecía enfermedades y se levantaba imponente sobre sus veinticinco metros de altura, y en cambio, en cuestión de minutos, sus raíces abandonaron sus dominios para siempre. La acción conjunta del viento y la lluvia vencieron a su fuerza y a sus años, y la muerte llegó de imprevisto al colosal laurel de indias. Los grandes también caían.

Desde hacía semanas, la lluvia, el viento y la humedad se habían convertido en los fenómenos atmosféricos más frecuentes en la ciudad. Quienes hubiesen viajado aquellos días a la Costa del Sol buscando un poco de buen tiempo, debían de haberse llevado un buen chasco. En aquella tierra conocida principalmente por sus playas y sus chiringuitos también llovía, aunque había quienes se resistiesen a aceptarlo. Aquel año, el otoño, disfrazado de un verano casi infinito, había pasado por la costa sin hacer apenas acto de presencia, pero al llegar el cambio de estación habían aparecido las nubes oscuras, y desde entonces apenas les habían abandonado.

Mirando a través de la ventana de su despacho, Luis se consoló al pensar que aunque aquella mañana se hubiese acordado de coger un paraguas, no le hubiera servido de mucho con aquella ventisca. Al salir de casa, había visto en el cielo algunas nubes sueltas, poca cosa. Fue justo después de aparcar en el centro cuando el día se volvió sombrío, y antes de entrar en la oficina ya habían comenzado a caer las primeras gotas. Afortunadamente ese día no tenía que ir a la costa para ningún asunto de trabajo, aquella semana la había pasado en la carretera prácticamente de lunes a jueves, y por fin aquel viernes lo podía dedicar a todas las tareas que se le habían ido acumulando durante los pasados días. La enorme mesa de madera de roble sobre la que trabajaba estaba repleta de montañas

de papeles, y no es que él tuviera una especial predilección por acumular carpetas, pero de vez en cuando no podía evitar, como le había ocurrido aquella semana, que se le amontonara una considerable cantidad de ellas. Luis miró con desaliento a su alrededor mientras comprobaba una vez más que las seis horas de trabajo ininterrumpido no le habían servido de mucho. Se había pasado desde las nueve de la mañana encerrado en su despacho, intentando luchar contra el cansancio fruto de no haber dormido lo suficiente la pasada noche, pero sobre todo con un intenso dolor de cabeza que arrastraba desde que el día anterior se había desplomado agotado sobre la cama. Las escasas cinco horas de sueño no habían mitigado la sensación de tener a alguien martilleándole el cráneo por dentro. El tener que traducir innumerables emails, informes y contratos al gordo cabrón de su tío tampoco había ayudado.

Miró una vez más por los amplios ventanales que estaban situados justo detrás de su mesa, las vistas privilegiadas permitían disfrutar de una de las calles más céntricas de aquella ciudad, que con el nuevo plan urbanístico se había convertido en peatonal, lo que había ocasionado que los bares la ocuparan con mesas y sillas. El despacho que ahora dirigía su tío, con la ayuda de Rafael, estaba situado en uno de los edificios más emblemáticos del casco histórico, y había sido su padre el que lo había adquirido en los años ochenta, poco después de nacer él. El inmueble, construido en el siglo XIX, era de inspiración neoclásica y presentaba la misma arquitectura que caracterizaba a muchos de los edificios del centro. Se levantaba sobre un bajo comercial al que le seguían tres plantas y un ático, y la única esquina con la que contaba era de estilo achaflanado con los bordes curvos. El edificio no era de los más grandes de su clase; mientras que otros abarcaban manzanas enteras, aquel donde él se encontraba solo ocupaba un tercio de una de ellas. Pero aún así, la finca tenía un porte elegante con sus antiguos balcones de cristalerías apoyados sobre módulos de yeso decorativo además de piezas de yesería que enmarcaban los altos ventanales y los balcones.

Encerrado en su despacho, y atareado con los numerosos asuntos pendientes, se había olvidado completamente del día que hacía fuera. Esa mañana ni siquiera había salido para tomar café como solía hacer habitualmente. Desde que Rafael y su mujer se habían marchado a Canadá a acompañar a su hija en el nacimiento de su segunda nieta, evitaba tener que bajar a desayunar a solas con Vicente. Una cosa era tener que trabajar juntos y otra bien distinta pasar sus ratos de ocio con él. Además no lo hacía solo por su propio bienestar, sino también para asegurarse de que el ambiente en la oficina no se iba del todo a pique. Su tío y él no podían pasar más de veinte minutos seguidos sin tener un encontronazo. A veces

era por nimiedades, y entonces se esforzaba por no enzarzarse en enfrentamientos estúpidos, pero en muchas otras ocasiones se debía a que las ideas y modos de proceder de ambos chocaban visceralmente. Vicente no estaba dispuesto a reconocer que él tuviese algo que decir y lo seguía tratando como un niño, aunque Luis sabía que aquello estaba motivado por las inseguridades y complejos de aquel hombre mediocre.

Suspiró cansado al mismo tiempo que apagaba el ordenador. Hacía un rato que la oficina se había quedado vacía. Los viernes, los siete integrantes del despacho terminaban su jornada laboral a las dos, pero eran las quince y dieciséis minutos y él aún estaba sentado sobre su silla de cuero marrón. Aunque no llevaba reloj, había comprobado la hora en la pantalla del ordenador justo antes de apagarlo. Con parsimonia se levantó de su asiento, cogió la chaqueta azul marino del aparador donde la había arrojado aquella mañana al llegar y, mirando fugazmente la pantalla de su móvil, apagó las luces. Solo le habían dejado encendida una pequeña lámpara que había en el recibidor, de modo que la oficina se encontraba envuelta en sombras, y el ambiente oscuro y silencioso apenas era turbado por el sonido de la lluvia y del viento al otro lado de las ventanas. «De puta madre — pensó malhumorado —, voy a empaparme hasta los jodidos calzoncillos».

A pesar de que el edificio disponía de ascensor, bajó a la calle por las escaleras, él trabajaba en la segunda planta y le parecía un desperdicio de energía utilizarlo. Mientras descendía observó las paredes de la escalera, estaban sucias y llenas de humedades, al mismo tiempo que muchos de los azulejos negros y blancos del suelo se encontraban rotos o deteriorados. Aquel edificio, que estaba ocupado por oficinas y consultas privadas de médicos, había conocido tiempos mejores. De cara al exterior seguía presentando una fachada elegante y señorial, pero por dentro se podía comprobar su verdadera decadencia, como un símbolo de la caída que la crisis y los años habían provocado en muchos de los que poblaban esos espacios.

Al poner los pies fuera del portal no prestó atención y los metió dentro de un charco. Maldijo entre dientes y se miró los zapatos, eran marrones y de cordones, tenían la suela de cuero y estaban convenientemente limpios y lustrados. En realidad odiaba aquellos malditos zapatos. Al igual que detestaba el traje de chaqueta y la camisa que llevaba. No siempre iba vestido de aquella manera a la oficina. Para disgusto de su tío Vicente, o de su condenada madre, solía utilizar a menudo vaqueros y zapatillas. Aunque la mayoría de los días, más que nada por no escucharlos, solía ceder a sus quejas.

Camino del garaje se percató de que en realidad no llovía tanto, era más que nada la incomodidad del viento que hacía que las gotas de agua

se le metieran en los ojos. Durante un brevísimo instante se quedó paralizado pensando en la ironía de aquello. Pero no, se dijo, no era agua salina la que le empapaba el rostro, él sabía bien que hacía mucho tiempo que las lágrimas de verdad no le recorrían la cara. Siguió entonces caminando mientras le daba vueltas al hecho de que salir por la noche entre semana ya no le sentaba tan bien como antes. El paso de los años no perdonaba a nadie. Pero el día anterior Carmen le había llamado, y él no había sabido decirle que no. Le telefoneó a eso de las ocho de la tarde para contarle que Juan iba a salir de copas con dos compañeros de la redacción, y Carmen, a pesar de lo resuelta que era, decía que le daba corte ir sin Lucía ni él. Al final accedió a acompañarla porque su amiga empezó a darle la brasa para que se uniera al plan. La chica podía ser verdaderamente insistente cuando se lo proponía.

Mirando a su alrededor presenció que, a pesar de la hora que era y de estar a viernes, las calles del casco histórico de la ciudad estaban casi vacías; además las terrazas de los restaurantes tenían las mesas y sillas apiladas bajo plásticos, lo cual daba un aspecto desesperanzador. Era casi finales del mes de febrero, llovía, hacía frío, y Luis pensó que realmente necesitaban una tregua climatológica, y más teniendo en cuenta que en aquel penoso rincón del mundo apenas vivían ya de nada que no fuera el sector turístico y hostelero, «porque la construcción —se dijo a sí mismo con una sonrisa malévola— había estallado por los aires».

Con andar cansado llegó finalmente a la puerta del garaje privado donde aparcaba diariamente su coche. «Al menos en un rato estoy llegando a casa y acostándome, y esta noche no salgo por mucho que se empeñe nadie», pensó. Al acceder a la planta subterránea pulsó desde lejos el mando de las llaves del coche, y un Audi TT color gris plata zumbó a lo lejos mientras las luces de los cuatro intermitentes parpadeaban. Luis contempló el deportivo en la semi penumbra del aparcamiento, y una vez más se dijo a sí mismo que no se podía ser más estúpido. «Te pensabas que iba a ser así de sencillo, niñato de mierda».

El trayecto hasta su casa lo hizo en completo silencio, no quiso encender la radio, ni poner ninguno de los CD que tenía guardados en el reproductor de música del coche. Con el paso de las horas, el dolor de cabeza, en vez de disminuir, le había ido aumentando hasta hacerle padecer un embotamiento brutal. Se sentía tan aturdido que sino hubiese sido porque hacía ese camino a diario, no habría llegado a su casa sano y salvo. No le prestó atención en ningún momento a la ciudad que se mostraba al otro lado del cristal, solo en un semáforo a la altura del Paseo Marítimo giró la vista hacia la derecha. Desde su posición podía apreciar cómo el mar se agitaba y se arremolinaba una y otra vez sobre sí mismo, hasta que

las olas conseguían por fin romper furiosas contra la orilla haciendo un ruido ensordecedor que se colaba, entre sus ventanillas cerradas. Por su parte, y con la ayuda del viento, la arena se levantaba del suelo uniéndose a las gotas de agua, y juntos formaban un conjunto denso y casi corpóreo. Luis estaba tan absorto contemplándolo, que no se dio cuenta de que el semáforo se había puesto en verde hasta que los, coches que iban detrás suya comenzaron a pitarle con insistencia.

Maniobró hacia su izquierda y comenzó a subir por calles escarpadas. Por aquella zona en cuanto caían cuatro gotas se formaban riachuelos que arrastraban a su paso piedras, barro y hojas de árboles. Al final de la loma apretó con fuerza el pedal de freno y buscó el mando del garaje entre los papeles de la guantera. Después de unos segundos dio con el pequeño aparato desgastado y se incorporó en el asiento, pero antes de pulsar el botón se quedó mirando la imponente puerta de madera. Aquello, además de la copa del Gran Árbol, era lo único que podía divisarse desde aquel punto de la casa de sus padres. Las altas murallas de piedra y reja, envueltas en enredaderas y buganvillas no permitían ver nada más de la vivienda. Aunque él conocía perfectamente la arquitectura ochentera de aquella casa, su distribución en dos plantas, y sobre todo su amplio jardín, que podría recorrer con los ojos tapados y aún así seguir reconociendo cada árbol, cada arbusto y cada planta solo por la rugosidad de sus formas, por su olor y por su tamaño. Negó con la cabeza hastiado por sus propios pensamientos, y finalmente oprimió el botón del mando a distancia, después pulsó el pedal del acelerador con fuerza para no deslizarse calle abajo y estacionó el vehículo dentro del garaje.

Ya había terminado de aparcar y estaba quitando la llaves del contacto, cuando escuchó la voz desafiante de Bon Scott cantando *Big balls*. Normalmente le gustaba esa canción, de hecho le encantaba y por eso la había escogido como tono de llamada para su móvil, pero en aquellos momentos en los que la cabeza parecía estar a punto de estallarle, despotricó contra aquel ruido infernal que estaba agujereándole el cerebro. Cogió el teléfono del asiento del copiloto y suspiró con resignación antes de presionar la tecla de respuesta a la llamada.

—Te aviso que todavía no he comido y que me duele un huevo la cabeza —al otro lado de la línea oyó una risa femenina—, así que ten piedad de mí que te conozco.

—¿Ya estás con resaca Luisito?

—¿Tú no?

—Cuando me marché a casa era solo la una y tampoco bebí tanto.

Él no pudo evitar pensar que debía haber seguido los pasos de su amiga y haberse marchado al mismo tiempo que ella.

—Y dime, ¿dónde terminasteis la noche? ¿Os quedasteis hasta muy tarde?

—Demasiado para ser entre semana. De verdad que ya no estoy para estas fiestas.

Aquello último lo había dicho mientras atravesaba la puerta del garaje que daba directamente a la cocina de la casa. Luis miró alrededor de la amplia estancia, no había nadie pero el horno aún desprendía calor y sobre todo olía a las mil maravillas. El estómago comenzó a gruñirle con fiereza, no había tomado nada sólido desde la cena de la noche anterior y se sentía a punto de desfallecer.

—Qué exagerado eres. ¡Pero cuéntame algo! —demandó Carmen.

—¿Qué quieres que te cuente?

Más atento de la comida que de la conversación con su amiga abrió el horno. Dentro descansaba una fuente con un enorme pastel de carne prácticamente sin probar. Luis dio gracias a su suerte por encontrarse con ese regalo nada más llegar a casa, comprobó que la comida aún estaba caliente y con ayuda de un trapo de cocina sacó el pastel del horno y lo puso sobre la mesa. Después cogió un plato y cubiertos, se sirvió una generosa ración y se dispuso a comer mientras seguía hablando con la chica. Conocerse desde hacía doce años tenía sus ventajas.

—Joder Luis, no lo pillas ¿no? Algo de los amigos de Juan. Si preguntaron por mí cuando me fui a casa o si te enteraste de algún dato útil, como por ejemplo de si hay novias a la vista.

—Ya estamos Mentxu.

—¿Qué pasa?

—Que no hay amigo que no te presentemos y al que no le quieras echar un polvo.

—Serás animal, eso no es verdad —protestó Carmen—, solo estoy preguntando por ellos porque me parecieron guapos y porque tampoco estaría mal coincidir algún otro día.

—Vamos, que te gustan.

—No me gustan. Bueno, vale, hubo uno de los dos que sí que me moló un poco —admitió la chica con tono risueño.

—Lo ves, lo que yo decía.

Tras unos segundos Luis miró su plato ya semi vacío y a continuación la fuente con el pastel de carne, entonces se sirvió otra ración casi igual de generosa que la anterior. Conociendo a Carmen la conversación podía dar para largo. A él le hubiese gustado despedirse para ir a dormir una siesta de campeonato, pero ella era una de sus mejores amigas y sabía que cuando le daba por el tema de los tíos podía estar hablando durante horas.

—Vale, entonces cuál —dijo resignado—, ¿el rubio o el moreno?

—¿Qué rubio Luis? Ninguno de los dos era rubio —Carmen resolvió al otro lado del teléfono—, qué poco observadores sois los hombres. Si el amigo de Juan era rubio, entonces, tú eres rubio pero platino.

—¿Y no lo soy? —preguntó más por picarla que por otro motivo.

—¿En serio? Castaño claro, rubio si acaso en verano cuando te da mucho el sol. Pero vamos, que sí, que me refiero al supuesto rubio, a Andrés. Pablo también está bastante bien pero me da que debe tener novia o alguna historia por ahí.

—¿Y eso?

Aquel pastel estaba tremendo, tenía que decírselo a Pili cuando la viera. La buenaza sabía perfectamente cómo le gustaba y le dejaba los trozos de cebolla casi sin picar mezclados con la carne y el puré. Se hubiese servido un tercer plato, pero pensó que no iba a poder descansar cuando tuviera la suerte de terminar aquella conversación y meterse por fin en la cama.

—Chico no sé, porque esas cosas se notan. Pero entonces, ¿te enteraste de si Andrés dijo algo de mí, o de si tiene novia?

—¡Carmen de verdad! —protestó.

—¿Qué?

—No me digas que ya te has quedado pillada que te conozco —Luis pensó fugazmente en todas las veces en que su amiga se había quedado prendada del tío de turno, que había conocido en cualquier bar a las tantas de la mañana y que después no le había llamado jamás.

—Que no joder, que solo me gustó un poco y me pareció que había química entre nosotros, pero que ya está. No te pongas pelma.

—Pues no sé Carmen, no le escuché decir nada de ninguna novia, aunque tampoco dijo nada de ti, la verdad, ¿por qué no llamas a Juan y le haces el interrogatorio a él? —le preguntó con la esperanza de dar la conversación por concluida.

—Porque ya le he llamado para tantearlo y apenas he conseguido sacarle información. Además él es peor que tú cuando se pone en plan protector. Bueno, ¿entonces vamos a salir hoy?

—Ni de coña —la sola la idea le produjo más dolor de cabeza.

—Venga hombre, un rato, nos tomamos unas cañas.

—Que no Carmen, que ni en broma. Estoy reventado de toda la semana de curro infernal, aguantando a mi tío y en la puta carretera. Y además, ¿es que no has visto el día que hace, que parece que se ha abierto el cielo?

—La verdad es que menudo tiempecito, que parece que estemos en Inglaterra. Para algo bueno que tenemos en este sitio de mierda... Entonces, ¿ni salir a dar una vueltecita?

—No.

—Un ratito —insistió ella con voz lastimera.

—Joder Carmen, que no! —le contestó mosqueado mientras comenzaba a levantarse para guardar la fuente en el horno y recoger su plato.

—Vale, tranquilo. No empieces con tu mal humor. Qué pena, con las ganas que tenía yo de salir hoy a dar una vuelta —dijo la chica sin perturbarse por su contestación.

—Lo que tú quieres es encontrarte con el chaval este, como si no te conociera —resopló Luis mientras sacaba una botella de agua de la monumental nevera revestida de acero. A su madre le gustaba comprarlo todo a lo grande, pensó Luis mientras bebía a morro, y eso que ella nunca entraba en la cocina, y que literalmente no sabía ni freír un huevo.

—Eres idiota —respondió Carmen mientras soltaba una pequeña risa—, venga, vale, pues sí, ¿qué pasa? Hace ya como tres meses que no ligo, ¿qué hay de malo en querer darle una alegría al cuerpo?

—No seas cretina, tú ligas un montón, otra cosa es que después no te gusten los tíos que se te acercan.

—Luis, es que a los tíos que me suelen entrar en los bares es para echarles de comer aparte. No te rías que sabes que es verdad —dijo su amiga cuando a él se le escapó un resoplido de risa—, a ti como se te echan las chicas encima es que ni te das cuenta de lo que sufrimos el resto de los mortales.

—Pero qué dices flipada.

—Vamos que no, si tú ligas sin parar. Vale que luego la mitad son lerdas, pero qué facilidad que tienes cabrón.

—No sé, no creo que sean la clase de chicas que le puedan gustar a mi madre.

—No, no creo que sean las nueras ideales para la cena de etiqueta de Nochebuena —Carmen rió mientras él sonreía levemente—, bueno, entonces no cuento contigo para esta noche. A ver si convenzo a Lucía, aunque últimamente no tiene muchas ganas de salir.

—Y menos que creo que tenga con el día que hace —comentó él.

—Pues menuda mierda de fin de semana —Carmen se quedó callada durante unos segundos y Luis esperó apoyado en la encimera de la cocina, estaba demasiado cansado para añadir nada a la conversación, la cual confiaba en que estuviera dando sus últimos coletazos—, bueno por lo menos prométeme que para la semana que viene vas a intentar que Juan quede con sus amigos, y así puedo ver de nuevo a Andrés.

—¿Y cómo cojones quieres que haga eso? —se quejó.

—No sé nene, invéntate cualquier cosa. O simplemente déjalo caer como algo que he propuesto yo, lo que no quiero es sugerírselo directamente a Juan para que no empiece con sus consejos paternalistas.

—De vez en cuando no te vienen mal —Luis hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo, lo llevaba un poco más largo de lo que acostumbraba, en una semi melena que en aquellos momentos estaba bastante alborotada. Quería terminar la llamada antes de que su amiga volviera a darle otra vuelta al dichoso tema, así que accedió resignado—: Está bien Mentxu, ya veré cómo lo hago, pero ahora te tengo que dejar porque de verdad que estoy reventado. Menuda resaca más puñetera.

—¿Prometido?

—Hecho —resopló.

—Genial, eres el mejor, ¡tan guapo!

—Anda, no me hagas la pelota. Mañana hablamos, ¿vale?

—¡Tan listo! —prosiguió ella contenta.

—Hasta luego.

Cuando por fin consiguió terminar la llamada, Luis suspiró con fuerza. Carmen era divertida y ocurrente, pero en ocasiones como aquella hubiese preferido que se pareciera un poco más a Lucía, que pillaba al vuelo cuando estaba cansado o de mal humor. No es que no las quisiese a las dos a su manera, al fin y al cabo el que fueran tan distintas es lo que hacía que mantuvieran su amistad en un sano equilibrio, pero de verdad que aquel día estaba demasiado cansado. Paseó la mirada por la cocina blanca combinada con tonos piedra. Su madre la había reformado hacía un año y medio y había seguido la misma línea que para el resto de la casa utilizando tonos blancos y grises. En el suelo, parquet de madera natural. Al menos había que admitir que ella tenía un gusto sencillo y elegante. En su trabajo, él había visto a gente con mucho dinero hacer verdaderas atrocidades en sus casas.

Luis comprobó con esmero que no había dejado nada por medio, ni tampoco ninguna traicionera mancha de comida. Eugenia era una auténtica maniática con el tema de la limpieza y el orden, y Pili, la asistente, se pasaba el día limpiando sobre limpio y asegurándose constantemente de que todo estaba en su sitio. A su juicio, su madre no se conformaba con que la casa estuviera más o menos limpia y habitable, sino que aspiraba a que su estado fuera impecable, como si en cualquier momento fuera a aparecer una revista de decoración para hacerle fotografías a la vivienda. Él detestaba tener que estar siempre pendiente de cada cosa que movía o manchaba o desordenaba, y ese era uno más de los motivos por los que cuando estaba en casa apenas salía de su dormitorio. Comía siempre fuera, por el centro, cerca de la oficina. Cenaba rápido y sin ninguna compañía, ya que después de correr como mínimo una hora por el Paseo Marítimo llegaba tarde a la casa. Pero los fines de semana no se libraba de al menos una comida en familia, a su madre le

gustaba mantener esa tradición aunque Alicia y ella acabasen siempre discutiendo, y él apenas dijera más de tres frases seguidas en todo el almuerzo. Prefería concentrarse en la comida que participar del aburrido y habitual drama familiar.

Miró una vez más la encimera de la cocina, y luego pasó la vista por el suelo de madera clara, se había quitado los zapatos al llegar porque aún estaban mojados y no quería ir limpiándolo todo a su paso. Suspiró y los cogió de la esquina donde los había dejado al atravesar la puerta. El cuero tardaba mucho más en secarse que la goma, y además en cuanto llovía o hacía frío se le calaban hasta los putos calcetines, pero eso no había quien se lo explicase a Eugenia. Cansado se dirigió a la puerta de la cocina, y rogando al cielo que le permitiese hacer el trayecto hasta su dormitorio sin tener que encontrarse con ninguna de las habitantes de la casa, la abrió con un pequeño empujón de la mano libre de zapatos. Al otro lado apareció la vista al vestíbulo donde estaba la puerta principal de la casa, éste era de amplias dimensiones, sobre todo en altura, puesto que el techo llegaba hasta el tejado de la vivienda.

Su padre había adquirido los terrenos sobre los que estaba construida la casa a finales de los años setenta, la finca se encontraba en una montaña de Málaga Este que estaba casi pegada al mar. Cuando Ernesto compró aquel terreno había varios árboles centenarios ocupando la extensión de tierra, y puesto que era un gran amante de la naturaleza había tratado de mantener con vida a la mayor cantidad de ellos. Se habían tenido que talar algunos pinos, pero el Gran Árbol, como Luis lo había llamado toda su vida, había permanecido intacto justo en medio de la parcela, presidiendo con su altura de casi quince metros las vistas sobre el mar. Esto hacía que la casa, a pesar de que tuviese orientación sur, permaneciese en sombra, excepto en algunas pocas habitaciones como la suya. Desde el vestíbulo donde él se encontraba en aquel momento, unos amplios ventanales a los dos lados de la puerta principal permitían contemplar el tronco ramificado del *Ficus microcarpa* que daba nombre a la casa.

Luis miró a su alrededor, y puso especial atención en intentar averiguar si había alguien al otro lado de las puertas correderas de cristal y madera que daban acceso al salón de la casa. Si su madre estaba allí viendo la televisión, o leyendo alguna revista, no podía irse directamente a su dormitorio sin saludarla. Como no se escuchaba ningún ruido, estuvo a punto de comenzar a subir la escalera, pero en el último momento sintió remordimientos, y aún con los zapatos en la mano se dirigió hacia la estancia. Asomó la cabeza por las puertas entreabiertas, en la parte derecha de la casa el abundante follaje del ficus ocasionaba que la luz fuera débil, pero ese día era especialmente lúgubre, así que tuvo que forzar la vista para ase-

gurarse de que no había nadie descansando en los amplios sofás *beige* que estaban junto a la chimenea. Miró también hacia los butacones situados al lado de las puertas vidrieras que daban acceso al jardín, pero tampoco vio allí a su madre. Eugenia probablemente estaba descansando en su propio dormitorio, ya que eran las cuatro y media de la tarde. Aliviado dejó escapar una bocanada de aire y puso rumbo a su habitación con la idea de meterse en la cama lo antes posible.

Fue subiendo la escalera con paso cansado, el suelo del parquet estaba frío bajo sus pies, y la barandilla de acero le traspasó aún más la sensación al resto del cuerpo. Estaba doblando para ascender el último tramo, cuando se encontró de frente con su madre. La contempló desde su posición y pudo comprobar que tanto el rictus de su boca como sus ojos azules revelaban irritación. Luis siguió subiendo mientras que ella se quedó quieta en la parte alta de la escalera. Y durante un momento tuvo que reprimir sus ganas de soltar una blasfemia, definitivamente la vida no estaba de su parte, él lo único que quería era llegar hasta su habitación, acostarse, y que todos le dejaran en paz. Pero conocía bien a Eugenia, y sabía, por la expresión de su cara, que ella no iba a permitirle marchar tan campante. En los últimos meses su relación había pasado de distante a tensa por el mero hecho de que él de vez en cuando había comenzado a abrir la boca. Apenas habían discutido durante su adolescencia, Alicia se había llevado siempre toda esa atención y, en cambio, ahora no pasaba una semana sin que tuviesen algún pequeño desencuentro. Poca cosa, ella nunca llegaba a las broncas legendarias de su padre, pero Eugenia, con sus labios apretados y sus ojos de ese azul tan frío, conseguía perturbarlo mucho más de lo que creía.

—¿Dónde estuviste anoche?

«Allá vamos», pensó resignado.

—Salí a dar una vuelta —la voz le salió ronca y cansada.

—Ya, ya me di cuenta cuando pasé por tu dormitorio a las doce de la noche y no había nadie.

Luis resopló y durante unos segundos se le quedó mirando hastiado.

—Mamá, ya estamos mayorcitos para esto, ¿no crees?

—No te das cuenta, ¿no? —dijo ella negando con la cabeza— ¿Crees que es una actitud normal? No puedes llegar e irte como te venga en gana sin ni siquiera informarme de que vas a salir o de que vas a aparecer a las tantas de la mañana.

—Lo siento —Luis sabía que su madre tenía su parte de razón, y trató de mirarla con arrepentimiento, pero ella pareció enfadarse más aún.

—Y encima esto, llegas de trabajar, te vas a correr, desapareces todo el rato, y cuando te veo ni siquiera eres capaz de disculparte con sinceridad.

Eugenia hizo una pausa y le miró con disgusto, mientras él se mordía levemente los labios y dirigía la vista hacia todas partes menos hacia los ojos de su madre. No estaba dispuesto a seguir discutiendo. ¿Por qué les gustaba tanto a todos el puto drama? ¿Por qué no podían simplemente dejarlo tranquilo?

—Y ahora me vas a escuchar. Vas a recoger tu dormitorio, y vas a colocar cada camisa, camiseta y pantalón en su correspondiente lugar, y después vas a ordenar tus libros y tus discos, además de todas esas porquerías que guardas. Y no quiero repetirte que hagas tu cama todas las mañanas.

—Esta mañana tenía mucha prisa —resopló conteniéndose para no decirle nada más.

—Tú siempre tienes mucha prisa Luis, dime cuándo no vas corriendo o a contrarreloj —le cuestionó ella con reproche—, ¿cuándo?

—En serio, mamá —Luis suspiró cansado y buscó en su mente, a toda velocidad, la mejor manera de zanjar esa conversación cuanto antes—, lo siento. Sé que tenía que haberte avisado anoche, pero cuando me fui de casa creía que ya te habías acostado, y además no pensaba estar fuera tanto tiempo. Pero lo siento, de verdad.

—Estoy aburrída de que actúes como si esto fuera un simple hotel, Luis, lo entiendes, ¿no?

El tono de voz de su madre seguía sonando enojado, pero el enfado había disminuido, y él se aplaudió internamente por ello. No es que quisiera preocuparla, pero era cierto que cuando salió la noche anterior estaba convencido de que ella ya estaba dormida; y también era verdad que aunque la hubiera buscado y le hubiese avisado, ella aún así seguiría enfadada porque había dejado su dormitorio desordenado, y si no por cualquier otro motivo. Luis pensaba que su madre lo quería, al fin y al cabo él también la quería a ella, pero que hacía mucho tiempo que la había decepcionado por no ser como ella hubiese deseado. Eugenia quería que vistiese siempre de punta en blanco, que sus amistades fueran los hijos de los amigos de su familia y que se casara pronto con alguna buena chica para que pudiera darle nietos rubios y de ojos claros. Y el asunto del trabajo era incuestionable para ella, cualquier otra opción que no fuese participar en el negocio de su padre era inviable.

—Sí, lo entiendo. ¿Puedo irme ya a dormir una siesta? Es que estoy bastante cansado de toda la semana de trabajo —Eugenia lo miró ya con más resignación que enfado.

—Por lo menos hazme el favor de recoger después tu habitación.

—Te lo prometo —contestó mientras comenzaba a encaminarse hacia su dormitorio—, hasta luego.

Y en unos pasos más llegó finalmente hasta la puerta de su dormitorio. Nada más verlo reconoció para sí mismo que se encontraba más desordenado de lo habitual, sucio no estaba porque Pili se encargaba de limpiarlo a pesar del desorden, pero la distribución de los pantalones y camisetas por la cama, mesas y el pequeño sofá que tenía en su habitación, no debía de hacer muy feliz a Eugenia. Luis suspiró de nuevo, esta vez ruidosamente, iba a tocarle estar un buen rato doblando ropa y poniendo sus demás cosas en orden. Miró el pequeño portátil plateado que tenía sobre la mesa. Por la abundante capa de polvo que había sobre él, supo que a Pili aún le daba aprensión pasarle siquiera un trapo. Y mira que le había dicho que no se rompía con facilidad, pero «esos aparatos tan modernos», como ella misma decía, le despertaban un respeto casi venerador. Su madre había tenido que obligarla para que limpiara la tele de plasma del salón, recordó Luis sonriendo.

Con movimientos rápidos comenzó a quitarse los pantalones del traje y la camisa, las dos prendas casi al mismo tiempo. La camisa celeste cayó sobre el pantalón azul marino, que ya estaba descansando sobre el suelo, los miró, y, haciendo una mueca de fastidio, los recogió y los puso sobre la mesita que estaba situada delante del sofá gris donde solía ver la televisión. Aunque era más pequeña que la del salón principal, prefería quedarse allí, él solo veía partidos de fútbol y alguna película de vez en cuando, y ni su madre ni Alicia compartían sus gustos. El resto de su habitación estaba decorada también en tonos grises, combinados con diferentes azules, su madre la había cambiado cuando aún vivía en Londres, por lo que al volver se encontró con que su dormitorio de la infancia había desaparecido para dejar paso a uno mucho más sobrio. Tampoco le importó. En realidad, cuando volvió de Inglaterra todo le importaba muy poco.

Finalmente se quitó los calcetines, que aún estaban húmedos, y, envolviéndolos sobre sí mismos, los hizo una bola que encestó en el canasto de la ropa sucia. Después se puso una camiseta de algodón para no congelarse de frío, y aún descalzo caminó hacia el cuarto de baño, que estaba dentro de la misma habitación. Al entrar se miró en el espejo, tenía ojeras bajo sus ojos verdes, y el pelo tan despeinado que no entendía como Eugenia no le había dicho que se lo cortase de una vez. A él le gustaba llevarlo un poco más largo de lo que ella consideraba adecuado, aunque tampoco mucho, solo lo suficiente para que de vez en cuando tuvieran alguna condenada discusión sobre el tema. Siguió observando su imagen en el espejo y por un momento le entraron ganas de gritarle a su reflejo. Si solamente pudiera apartar todos esos pensamientos durante un rato, apagar la mente y poder descansar de verdad, para que no volvieran más los sueños, ni los gritos, y tampoco la sensación constante de que todo lo

estaba haciendo siempre mal. Luego abrió el grifo, y con la ayuda de las manos se echó agua en la cara, a continuación se la secó con una toalla y tras exhalar varias bocanadas de aire cogió el cepillo de dientes, dispuesto a lavárselos, meterse en la cama y descansar de una vez. Tal vez de aquella manera conseguiría dejar de oír las malditas voces.

Aún cepillándose los dientes, se dirigió de nuevo hacia su dormitorio, sobre la cama estaba apilada la ropa que había usado la noche anterior. «Genial, ahora las sábanas van a oler al puto tabaco de los cojones». La camiseta no parecía impregnada del asqueroso olor, pero el jersey gris que había llevado la noche anterior le provocó ganas de vomitar todo el pastel de carne que se acababa de comer. Apeataba a tabaco. «De puta madre», y eso que él ni siquiera fumaba. Con cierto resentimiento tiró el jersey al suelo, y fue mientras trasladaba los pantalones que había usado el día anterior a una mesa cercana, cuando del bolsillo de los vaqueros gastados cayó una nota al suelo. Al principio no la vio, fue al girarse para volver al baño cuando se percató de la presencia de la pequeña servilleta. Sin forzar demasiado la vista pudo leer el nombre y los números agrupados en tres grupos de tres. El nombre era Pablo, las cifras su número de teléfono. Sin querer contemplar la servilleta blanca más de la cuenta, la cogió con la mano izquierda, la hizo una pequeña bola y la tiró en la papelera que había junto a su escritorio. Después volvió al cuarto de baño y escupió con todas sus fuerzas la mezcla de saliva y pasta de dientes, y por unos segundos pensó que realmente iba a acabar vomitando. Al volver al dormitorio echó la persiana del todo. No podría descansar si entraba un pequeño resquicio de luz. Y por fin, y sin que pudiera creérselo, consiguió meterse dentro de las sábanas de su gigantesca cama. Se cubrió hasta la cabeza con el nórdico, sacó una mano para apagar la luz y cerró los ojos apretando los párpados con fuerza. No quería pensar. Pero precisamente por eso se le pasó toda la noche anterior por la memoria.

Llegó al centro sobre las once y media, se encontró con Carmen en la plaza de la Merced y juntos fueron al bar donde Juan estaba tomándose unas cañas con sus dos compañeros de trabajo: Andrés y Pablo. Allí, su amigo desde la adolescencia les presentó a los otros, y estuvieron hablando durante un buen rato sobre el trabajo que realizaban los tres chicos en el periódico, luego Carmen estuvo contando que hacía poco le habían encargado una nueva imagen gráfica los de la competencia. Su amiga se marchó pronto a casa, los otros siguieron hablando sobre asuntos de la redacción, y en vista de que en el bar sonaba la música muy alta, y de que él no conocía los temas sobre los que trataban, se fue desconectando poco a poco de la charla, fue entonces cuando Pablo comenzó a hablar directamente con él. Desde el principio pensó que el chaval era simpático. Charlaron sobre

todo de música, al otro le gustaba el pop independiente, *indie* lo llamó, mientras que sus gustos eran más de rock así que no conocía a la mayoría de los grupos que el otro iba enumerando. Pablo le dijo entonces:

—A Los Planetas los conocerás al menos, ¿no?, que son de mi tierra.

—Claro, tampoco soy tan ignorante. Además a Carmen le encanta esa clase de música y nos hace escucharla de vez en cuando. —Y sonriendo, añadió—: Bueno en realidad nos tortura con ella.

El otro respondió con una breve carcajada y Luis se le quedó mirando durante apenas un par de segundos, y en aquel momento, rememorándolo desde su cama se podía dar cuenta, era cuando se había hundido en el abismo. Pablo lo miró y le sonrió, y él se quedó pensando que siempre le habían gustado las personas que eran capaz de trasladar su sonrisa desde sus labios hasta el brillo de sus ojos. Fue en ese momento. Ahí es cuando debería de haber desviado su mirada, pero en cambio la dejó allí clavada durante unos segundos más, y con eso fue suficiente. Pablo tenía la piel bronceada a pesar de que estaban en invierno y de que en las últimas semanas había estado lloviendo sin descanso. Se dio cuenta al mirarle el cuello, cuando el chico se giró para pedirle un bolígrafo al camarero de la barra sobre la que estaban apoyados, y al volverse le aseguró sonriente que él no solía ser tan directo. «Te apunto también mi nombre por si se te olvida». Y debajo anotó su número de teléfono, nueve cifras agrupadas en tres grupos de tres.

Cuando Luis cogió la servilleta y se la guardó en el bolsillo del pantalón, en realidad ya le había cambiado el gesto de la cara al de alguien inquieto, pero el otro no pudo verlo ya que se había vuelto a girar, esta vez para hablar con Andrés que estaba anunciando que se marchaba ya. Luego Juan se le acercó y le comentó que también se había hecho tarde para él, así que todos decidieron dar la noche por finalizada. Pablo y Andrés se marcharon juntos, Juan se fue caminando a casa y él fue a su garaje para recoger el coche, aunque ahora se daba cuenta de que no debería de haber conducido, no porque hubiese bebido alguna cerveza de más, sino porque fue en ese momento cuando comenzó su brutal dolor de cabeza. Y ya sí que podía reconocer, al menos para sí mismo, que esa incómoda jaqueca iba más allá de las pocas horas de descanso y del alcohol que había ingerido la noche anterior. La culpa la tenía él, «la culpa la tienes tú retrasado», le había estado gritando esa voz durante toda la mañana. Esa voz y aquella otra y la otra. Aquel fastidioso coro de voces que plagaban sus vigiliadas y sus sueños. «Estúpido. Tenías que fastidiarlo una vez más. ¿Es que no sabes que siempre lo haces todo mal? Estate quieto, joder».

Luis se giró para ponerse de lado en la cama, abrió los ojos y miró hacia la ventana, en la persiana había varias rendijas por las que se colaba

la luz, recordándole que allá fuera era todavía de día. Se dio la vuelta hacia el otro lado, y finalmente volvió a colocarse boca arriba. Levantó un brazo para situarlo sobre la almohada, pero también se encontraba incómodo en aquella postura, y al final se frotó el rostro con las manos y las terminó colocando sobre el colchón. ¿Qué andaba mal en él? ¿Es que acaso no sabía bien lo que tenía que hacer? Se trataba de que todos le dejaran en paz. Si podía aislarse lo suficiente lo conseguiría, lo había hecho muchas otras veces, eso sí que podía hacerlo. Lograr que los sentimientos pasaran tan lejos que apenas le rozaran. Fingir que no pasaba nada, que el asunto no iba con él, mientras miraba hacia otro lado. Eso sí que sabía hacerlo bien. Consistía en sonreír sin sonreír, en responder sin contestar, en hablar con palabras vacías y en salir sin dejarse ver, en mostrar solo lo que él decidiese enseñar. Consistía en levantarse y vivir un día más, y luego otro, y después otro más, así hasta formar una enorme montaña de días que le alejasen de esa sensación constante de que todo estaba mal. Eso podía hacerlo, se repitió una vez más. Aunque supiese de sobra que aquello no le conduciría hacia ningún lugar.

CAPÍTULO 2

LUIS. DOMINGO 21 DE FEBRERO DE 2010

Desde el viernes y a lo largo del fin de semana había continuado lloviendo. La Agencia Estatal de Meteorología incluso había activado la alerta naranja por riesgo de tormentas. Él había aprovechado aquel tiempo horrible para dormir y descansar. De hecho apenas había abandonado su cama, con el ordenador sobre el colchón había visto un par de películas, varios capítulos de una serie americana y para no aburrirse había estado escuchando música a través del mismo portátil. Solo el domingo por la mañana se había animado a salir al exterior, aunque tampoco había llegado muy lejos puesto que se había dedicado a pasear por los terrenos de la mansión. Hacía tiempo que no lo hacía, y no pudo evitar deprimirse cuando se percató de que los rincones de aquel jardín aún le seguían recordando a Bastián. Ni siquiera pasar la mano por el tronco de los árboles, disfrutar del olor de la tierra mojada o recoger las piñas que habían caído al césped consiguió mejorarle el ánimo. Desde allí estuvo contemplando el mar que aquel día presentaba un tono grisáceo, su color desvaído se confundía con el cielo, y girándose hacia la vivienda la observó abatido antes de entrar de nuevo al interior.

Se mudaron a El Ficus, como todos llamaban a la casa, cuando él tenía seis años. Antes de eso estuvieron viviendo de alquiler en un chalé de la zona de Pedregalejo. Ernesto compró los terrenos en los años setenta, pero transcurrió un tiempo hasta que decidió construir en ellos. Primero invirtió en el edificio donde instaló su oficina principal y después aguardó pacientemente hasta lograr una lucrativa venta por la villa que había pertenecido a los padres de Eugenia. Todo ello propició que la obra de El Ficus fuese hija de su época, reflejando una cierta estética ochentera. La fachada de la casa combinaba el ladrillo visto con muros blancos de textura rugosa; por los terrenos de la vivienda se podían encontrar diferentes paredes y tapias construidas con piedras; la puerta principal estaba flanqueada por cristalerías tintadas, y las ventanas de la casa se encontraban enmarcadas por artesanado de madera oscura. Pero aún así la vivienda había envejecido mejor que muchas otras de su tiempo, y es que tenía su encanto dentro de

un estilo que correspondía ya a décadas pasadas. Eugenia hubiese preferido una casa como la de sus padres. Ella había crecido en una de las antiguas villas del Limonar, la cual era un referente de la emigración extranjera del siglo XIX. Pero aquella vivienda era disparatadamente cara de mantener y sobre todo suponía un apetitoso negocio que Ernesto no pudo ignorar. Y Luis sabía que su madre siempre había sido una mujer de carácter pero que al final era su marido el que acababa imponiendo su férrea voluntad.

A él lo que más le gustaba de aquella casa sin ninguna duda eran sus árboles. Subido a ellos, al lado de ellos y bajo su sombra pasó muchísimos días de su infancia, porque aquel era el único lugar del mundo donde lograba sentirse verdaderamente libre. Cuando era pequeño anhelaba que sus padres le construyeran una cabaña en el Gran Árbol. Pero su madre no quería ni oír hablar de ello, mientras que su padre estaba demasiado ocupado con su trabajo como para reparar en lo que le pedía. Y sucedió que con los años fue tomándole una profunda animadversión al enorme ficus. De repente un día pensó que su sombra era demasiado grande y que con su presencia se volvía todo lúgubre. Y más tarde descubrió que le fastidiaba sobremanera que él se llevara toda la popularidad mientras que sus compañeros pasaban desapercibidos. Y es que en aquel jardín había árboles preciosos de muy diversas especies. Habitaban en aquella tierra dos jacarandas que cada primavera se llenaban de flores violetas; al igual que lo hacían las tres tipuanas con sus florecitas amarillas. Y además moraban en el jardín un par de palmeras, una esbelta araucaria, un *Ficus macrophylla* con sus grandes hojas elípticas, dos naranjos, una hermosa encina e incluso un olivo, que no solía ser un árbol que decorara los jardines de Andalucía. Pero los preferidos de Luis por encima de todos eran los pinos piñoneros. Los árboles más comunes en aquel territorio, los que menos podían presumir de exotismo, de elaboradas hojas o de flores hermosas. Y sin embargo, o quizás precisamente por eso, es por lo que él se convirtió en su más acérrimo defensor. Amaba el olor que desprendían, el tacto rugoso de la corteza que les vestía formada por bandas fisuradas de color grisáceo y rojizo, y también el sabor de sus semillas. Pero sobre todo veneraba sus siluetas delgadas y robustas que acababan en esa copa aparasolada que siempre le había recordado a las sombrillitas de colores con las que se decoraban las bebidas en las fiestas. Además con los años había desarrollado un intenso cariño hacia lo que ellos le recordaban: el mar azul, las calas del Mediterráneo, la arena dorada o las piedras de las playas de Maro. Poco después de volver de Londres, Carmen le había hecho un enorme dibujo a acuarelas donde aparecía una isla repleta de pinos que bajaban hasta los acantilados, los cuales estaban bordeados por un mar azul aguamarina. Luis bromeando le dijo que en las islas se solía dibujar palmeras, y su ami-

ga con su habitual desparpajo le respondió: «Esa isla eres tú y tú pinchas como las agujas de los pinos, así que ahora agradéceme el regalo cabrón». La acuarela la tenía colgada en una de las paredes de su cuarto y era tan bonita que hasta a su madre le había gustado.

El otro único elemento que rompía con la sobriedad de su dormitorio era un poster enmarcado de la película *La historia interminable* que le había regalado su hermana hacía ya más de veinte años. Fue ella también la que la primavera que cumplió ocho años le entregó el libro con el mismo nombre. De modo que cuando una tarde de aquel verano su padre llegó a casa con un pequeño cachorro más parecido a un muñeco de peluche que a un perro, él quiso ponerle Atreyu, pero Eugenia protestó diciendo que ese no era un nombre, y finalmente se llamó Bastián.

Él siempre había querido tener un perro, era uno de los deseos que pedía más insistentemente pero también era de uno de los que más daba por perdido, puesto que a su madre no le gustaban los animales y Ernesto no disponía de tiempo para cuidarlos. Por su parte, Alicia había entrado ya en el mundo adolescente y hacía tiempo que había perdido el entusiasmo por las cosas que le gustaban a él. Así que cuando una tarde de terral Ernesto apareció con un pequeño golden retriever, se llevó una maravillosa sorpresa. Al parecer se lo había regalado un cliente que tenía una finca por la Sierra de las Nieves donde habitaba una pareja de golden que había tenido una abundante camada. Eugenia no puso impedimentos siempre que el perro no entrara en la casa, y puesto que el jardín era muy grande pudieron construir una caseta en la parte norte de la vivienda. A partir de entonces, Luis comenzó a pasar aún más tiempo en el exterior de la casa. Jugaba con Bastián corriendo entre los árboles e inventándose mundos de fantasía. Era un caballero medieval o un guerrero o un astronauta pero siempre en compañía de su perro. Cuando Bastián alcanzó su máxima altura probó a montarse encima en alguna ocasión pero el perro siempre conseguía sacárselo de encima. Lo que más le gustaba a Luis del golden es que siempre tenía ganas de jugar, ni siquiera al hacerse mayor perdió el deseo de correr, brincar y tirársele encima. Solo al final de sus días, cuando ya estaba muy enfermo, se quedaba en su colchoneta burdeos sin apenas moverse. Entonces era él quien se sentaba a su lado y le acariciaba las orejas y el lomo durante horas.

Una de las consecuencias más gratas que conllevó la aparición de Bastián fue que a partir de entonces su padre los subía de vez en cuando, en uno de sus coches más viejos, hasta los Montes de Málaga, y por allí el perro y él corrían y jugaban mientras que Ernesto se dedicaba a pasear observando los árboles y las plantas. En muchas de esas excursiones acababan sentados en alguna piedra y su padre le hablaba sobre las diferentes